

CUERPO PULSIONAL

CLAUDIA EMILCEN LÓPEZ ARISTIZÁBAL

**Monografía para optar al título de
Especialista en problemas de infancia y adolescencia.**

Asesor:

ELADIO HUMBERTO ACOSTA RESTREPO
Magister en Ciencias Sociales

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS
MEDELLÍN

2018

TABLA DE CONTENIDO

Introducción	3
Objetivos	8
1- El organismo	9
2- El cuerpo pulsional	19
3- El cuerpo imagen	33
4- Por qué intervenir el cuerpo	48
5- Referencias bibliográficas	70

Introducción

El presente trabajo surge a partir del deseo de comprender la injerencia de las pulsiones en la construcción del cuerpo humano en el contexto cultural contemporáneo, teniendo en cuenta el antecedente que hace notar la inquietud que los seres humanos han mostrado en su devenir histórico por el tema del cuerpo. Inquietud tal que ha desencadenado en las modificaciones físicas, arrojando una desnaturalización del organismo en su esfuerzo por humanizarlo y culturizarlo.

Con el enunciado de algunas problemáticas y fenómenos sociales de la actualidad, que sitúan al sujeto en las lógicas de la industria del consumo y del mercado mass mediático, se refiere el *control social* del cuerpo a partir de la normalización que se logra con el imperativo de sus modificaciones para ajustarlo al orden cultural.

La decisión de algunas alteraciones del organismo, tienen intrínsecamente motivaciones ancladas en la idea de aceptación o rechazo social, que excluye lo real del mundo de lo deseable, cuya consecuencia es la metamorfosis corporal basada en las ideas de carencias o excesos de sus formas.

En este contexto, interviene la industria contemporánea con el culto al cuerpo; toman vigencia las técnicas y prácticas con fines estéticos que tienen la facultad de generar

cambios físicos. No bastante, para los casos en los cuales las motivaciones y la repetición en la práctica estética están fundadas en la sensación de rechazo social, no se logra la completud y el llenamiento buscado.

Tomando los elementos que ofrece el campo psicoanalítico, se orienta el tema hacia la indagación por las motivaciones de la alteración corporal, más allá de lo orgánico, es decir; en el orden de lo psíquico. Por lo tanto, se establece la diferenciación entre organismo y cuerpo, es decir: el cuerpo como constructo desde lo pulsional y el organismo como la experiencia real.

Con los elementos mencionados, que conciernen estrechamente el cuerpo con la pulsión, se logra ampliar la comprensión del cuerpo, advirtiendo la evolución de la necesidad orgánica hasta el deseo, alcanzada con los aportes de las marcas generadas por los primeros encuentros del niño con el Otro, inicialmente representado en la madre.

Con el descubrimiento temprano de lo erógeno a través del placer experimentado en el organismo, queda fundada una búsqueda constante que orienta a repetir lo placentero, entonces el niño deviene atravesado por ello, incluso esa búsqueda precede a la época adulta, hasta la declinación orgánica.

A partir de las indagaciones en las obras de Sigmund Freud, quien se ocupó ampliamente de las pulsiones, se establece que en las zonas erógenas quedan las marcas de la pérdida de los

objetos originales, y en ellas, la pulsión encuentra su fuente para hacer su recorrido. Por esto se entiende que los estímulos originarios de la pulsión salen del interior del cuerpo, de manera constante e imperiosa de satisfacción, teniendo como límite que no hay objeto alguno que logre la satisfacción de la demanda pulsional. Ésta emergencia inmutable permite la evolución del organismo al cuerpo, motivo por el cual Freud denominaría la pulsión como limítrofe entre lo psíquico y lo orgánico.

Luego, retomando la concepción lacaniana a partir de la fase del estadio del espejo que cumple su función formadora del *yo*, se infiere que mediante el reconocimiento de la imagen hay una pérdida en el organismo y a partir de allí, se encuentra la importancia de la pulsión escópica para entender el cuerpo como imagen.

Consecuentemente, con la lectura del texto “La mirada en Psicoanálisis” de Juan David Nasio, se establece una diferencia entre ver y mirar. La mirada no se confunde con la visión, pero es este el camino de llegada al deslumbramiento, toda vez que la mirada hace cuerpo en las fallas de la visión, representada en la emergencia de una mirada inconsciente llamada fascinación.

Desde la metapsicología Freudiana, en “pulsiones y destinos de pulsión”, hay una aproximación al tema de la mirada a partir de la ambivalencia voyerismo/exhibicionismo, permitiendo esclarecer que el placer de ser visto se encuentra estrechamente ligado al placer de ver, acto que tiene su procedencia en el autoerotismo, por lo tanto, se diría que la imagen de un sujeto se funda en la imagen del Otro.

Situados en la teoría del mismo autor, se extrae el concepto de la elección fetichista que hace el sujeto a algunas partes del cuerpo u objetos, como una alternativa de respuesta a la castración, motivando a ingresar la falta como elemento importante para entender el cuerpo y las búsquedas que apremian al sujeto a través de él.

Ahora bien, encontrarse con la falta remite necesariamente a Jacques Lacan porque él la dimensiona desde la relación del sujeto con el deseo y se refiere específicamente a la falta en ser, que, para efectos de comprensión del cuerpo, dicha falta se explica como la herida narcisista que busca constantemente ser llenada.

Lo referido aquí, permite comprender al sujeto contemporáneo en su necesidad apremiante por el reconocimiento del Otro, lo que origina una compulsión a la repetición representada en las modificaciones del organismo por medio de las prácticas con fines estéticos, en las cuales el sujeto cree encontrar el llenamiento de la falta, de manera inconsciente.

Una vez aclarado que el organismo es dado naturalmente y el cuerpo es una construcción e invención que surge desde la imagen, la pulsión y la relación con el Otro, se entiende que desde la falta el sujeto emprende una búsqueda interminable, con satisfactores sustitutos que lo instalan en un sinfín de modificaciones físicas, que no llenan la imagen del cuerpo deseado.

El sujeto contemporáneo se encuentra regido por la necesidad de reconocimiento y de ser mirado, afrontando interminablemente la falta originada desde el desprendimiento de sus objetos primarios, como un costo al devenir humano, que le hace anhelar la unidad que un

día creyó tener, pero en esa búsqueda y con el condicionamiento mass mediático y cultural, el sujeto se confunde con el objeto.

Objetivos

General

Comprender la injerencia de las pulsiones en la construcción del cuerpo humano, en el contexto cultural contemporáneo.

Específicos

- ✓ Establecer la diferencia entre organismo y cuerpo.
- ✓ Analizar el cuerpo como imagen.
- ✓ Comprender las motivaciones de los sujetos para modificar el aspecto físico a través de las prácticas con fines estéticos.

1- El organismo.

Históricamente los seres humanos han tenido interrogantes respecto al cuerpo, aún más, en su esfuerzo por humanizarlo y culturizarlo lo han desnaturalizado, mediante modificaciones, ornamentaciones o ritos de paso que han implicado depreciación o extensión de la apariencia corporal.

En el texto *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*, el autor Michel Feher, deja notar la mencionada preocupación, teniendo en cuenta que desde sus inicios el sujeto se ha esmerado en la invención de técnicas que mezclan capacidades físicas y mecanismos mentales para formar un cuerpo adaptado a las circunstancias, denotando una historia del cuerpo humano fundamentado en las narraciones y sus modos de construcción y dejando de lado sus representaciones, de la instancia psíquica.

El autor toma tres aproximaciones que hacen referencia al cuerpo tal como lo han concebido las personas en su devenir histórico, e inicia con una diferencia entre la divinidad y el cuerpo humano, situando a la humanidad en el intento por resolver su inquietud sobre la clase de cuerpo que se da así mismo el sujeto de cada cultura; ejemplificando el acto en los griegos, cristianos, judíos y chinos.

También refiere el tipo de cuerpo que aspiran adquirir, bajo el imaginario de poder que se le atribuye a lo divino, es decir; las personas se inquietan por las prácticas en las que deberían incluirse para lograr la semejanza con su Dios, sin prever que esto trae consigo implícito el cuestionamiento que coloca la constitución humana, en el lugar del

impedimento para participar de la perfección divina; ya sea por cuestión moral o de simbolismos que descubren lo corrupto de la carne.

Ahora bien, no solamente en el comparativo del cuerpo humano con la divinidad, los sujetos han intentado entenderse con su cuerpo, toda vez que el umbral preciso entre lo humano y lo animal, entre el organismo viviente y los artefactos mecánicos inanimados que operan a manera de reproducción artificial del organismo, le atribuyen al cuerpo deformidades asemejándolos a animales o autómatas, como lo llamaría el autor, unos monstruos dobles que contaminan el cuerpo humano, traducido en mitos como el del hombre-lobo-marioneta o los fantasmas hambrientos.

Como segunda demostración, el autor se concentra sobre las relaciones psicosomáticas, yuxtaponiendo un adentro con un afuera, para incluir allí el concepto de lo que el mundo occidental llamaría alma humana; invisible e inmaterial, que puede ser contenida dentro de un cuerpo y se devela así misma en el rostro y sus gestos, máxime que el cuerpo dotado de sensaciones y aflicciones, influye en las relaciones de la persona con el mundo exterior, dando testimonio de la conformidad o falta de conformidad de una determinada imagen del alma con un aspecto concreto del organismo; placer, sufrimiento y muerte, que están en la intersección entre la vida y el pensamiento.

Para su último argumento, el autor hace la distinción entre organismo y función. Analiza los usos de determinados órganos y sustancias corporales, utilizadas como metáforas concebidas en modelos de funcionamiento de la sociedad humana, queriendo significar la

posición que ocupa en una determinada concepción del cuerpo social e incluso en la organización del universo.

Evoca entonces la soberanía de un sujeto, argumentada por ejemplo en la creencia masiva de que el Estado necesita una cabeza (un líder), o la dominación del hombre sobre la mujer, al atribuirle su función formativa a través de la sustancia generadora de vida. Con tal suerte, de desencadenar estas creencias en la rivalidad a partir de la lectura del organismo que se le confiera, porque las ideologías que se le aplican pueden querer significar y sustentar el conflicto de género o social. Es decir, allí donde interviene la función, se atribuyen diferentes destinos al cuerpo.

En este sentido, el significado que hoy se da al cuerpo, está más cerca de ser contemplado como expresión a partir de los significados subjetivos, que de verse como simple instrumento que mediatiza las necesidades del sujeto.

No obstante, esta concepción no ha permanecido siempre, basta con recobrar la observación a la evolución del concepto mismo, a través del devenir histórico de la sociedad, para enterarse de la marcha que ha tenido. “El cuerpo ha sido atravesado por diversos significados, representaciones y discursos, que puede expresarse en varias acepciones: el cuerpo anatómico-biológico, el cuerpo etnológico, el cuerpo religioso o el cuerpo estético y por tanto, el cuerpo medicalizado, sexuado o disciplinado” (Uribe, Merino. 2006).

Una vez expresado lo anterior, se aprecia que por vía de la aplicación de un modelo socioeconómico y político que impacta las condiciones ambientales y culturales de las sociedades, conlleva a nuevas problemáticas y fenómenos sociales que recaen en los “usos sociales del cuerpo” tal como anota Uribe Merino al citar a (Boltanski, 1997), situándolos en el papel de reproductores de estas lógicas de la industria del consumo, del mercado mass mediático y de masas.

Las imágenes de lo transnacional se han ido tomando el espacio cotidiano de los sujetos, a través de ellas se proporciona la identidad de un ciudadano sin fronteras, definido por su acceso al mercado y a la participación política, al tiempo que la producción y el consumo se proponen como regímenes diferentes que operan sobre el cuerpo, los cuales crean disciplinas y tecnologías especializadas para construir por un lado, cuerpos disciplinados que se insertan fácilmente a la fragmentación de los procesos productivos, y de otro lado, el cuerpo en tanto que consumidor, es seducido e instalado en la sensación de que el objetivo de la sociedad es el placer de consumir y de consumirse en el proceso. (Pinzón Castaño. 1999)

Actuando mediante una relación de sistemas e impactando a su paso cada contexto, este particular comportamiento de imitación y estándares culturales reflejados a través del cuerpo, tiene inferencia en la conciencia colectiva, de acuerdo con lo traído por Uribe Merino referenciando a Castro 2002 “se afianza la idea de la imperfección del cuerpo, y a la par, se fortalece la tecnología para perfeccionarlo, con un afán de homogeneización de la apariencia física, que no es otra cosa que el ejercicio del control social a través de los cuerpos”. (Castro 2002).

La urbanidad ejerce un efecto moldeador sobre el cuerpo, así, la sociedad moderna es un escenario en el que la individualidad se debate entre lo colectivo, entre la aceptación o el rechazo y en la construcción de identidades propias de los sujetos, que en su afán de particularizarse, a través del cuerpo, por los efectos de los factores externos ya mencionados, provocan lo contrario, porque lo que menos hallan allí es la particularización.

Debido a esas condiciones socioculturales actuales, que se encuentran permeadas por el universo mass mediático, donde lo que ocurre en cualquier parte del mundo es fácilmente conocido en distancias totalmente inimaginables en décadas anteriores, el cuerpo cobra un significado de representación trazadas por ese mismo universo cultural.

Ante el estado de vulnerabilidad e influencia captada a través del campo corpóreo, se hace relevante el protagonismo que ha ganado el cuerpo en la época contemporánea, toda vez que los factores culturales, la presión mediática y el modelo económico imperante, han establecido condicionamientos para la forma del cuerpo físico, colectivizando la apariencia estética y así, los imperativos socioculturales vistos como probables determinantes del cuerpo.

Como efecto de ello, cada universal cultural construye colectivamente su idea y concepto de cuerpo, siendo condición para la sociedad contemporánea su normalización en el organismo, ubicando la apariencia física cada vez más en el lugar de la restricción, el estereotipo y por tanto, más intolerante. Surgen así todos los procedimientos para ajustar un cuerpo que posee su propia normalidad y genética a una normalidad cultural que, con frecuencia, implica deformaciones más o menos radicales (Cajiao Restrepo. 1996).

Consecuentemente, con la saturación informática que propician los medios de comunicación, se condiciona el comportamiento y las necesidades humanas, a partir de referentes corporales predeterminados en forma viral. Un ejemplo de esto podría mostrarse en un cuerpo con características raciales definidas, que por la mediatéz con la que se le normaliza, surge la necesidad de generar cambios físicos para acoplarse a esa exigencia de homogeneización, sin hallar otra vía diferente a la intervención mediante las prácticas con fines estéticos.

Por tanto, el sujeto contemporáneo trata de adaptarse a un cuerpo físico colonizado por un ideal de belleza multiétnico en sus formas y en sus ropajes, una mezcla imposible desde el punto de vista fisiológico y con gran riesgo para el bienestar, condicionado por las depreciaciones o expansiones del soma humano.

El sujeto queda determinado por las exigencias del consumo y la cultura, poniendo de manifiesto su uso y valor en forma prescrita, captando el campo corpóreo para llevarlo al acceso a los bienes y servicios. Consecuentemente, se halla una situación problemática fundamentada en que la construcción del cuerpo que se funde de esta modo, trae consigo consecuencias para quien asume esta identidad, toda vez que el ideal del cuerpo no solamente encarna el ideal estético y erótico del sujeto, sino que también se postula esta tendencia como una ideal de vida, que se comporta como el ideal intentando responder su constante ansiedad e interrogante existencial mismo.

De este modo, el trabajo cotidiano y las imágenes del cuerpo real son excluidos del mundo de lo deseable. El mayor impacto es la negación y la pauperización del cuerpo real y su experiencia vital (Pinzón Castano.1999).

En este orden de ideas, los sujetos están en la búsqueda de una apariencia física que los ha llevado a recurrir a múltiples estrategias para verse como lo demanda la sociedad, producto de ello hay una imitación de patrones impuestos que los ha llevado a desarrollar prácticas con fines de estética corporal, que actúan como moldeadores del cuerpo, ya sea por exceso o por defecto, como es el caso de la asistencia periódica a centros de acondicionamiento físico (antes denominados gimnasios), centros de estética corporal, guías nutricionales específicas (para aumentar o disminuir de peso), cirugías estéticas (para embellecer, corregir o rejuvenecer la imagen corporal) y prácticas deportivas.

Entonces, con el anhelo de dar respuesta a las inquietudes, se eleva a la categoría de modelo la particular creencia sobre el mundo que otorga la cultura, y luego se obedece a estos estándares, como patrones indiscutibles de la apropiación del cuerpo, culminando en la constitución del comportamiento colectivo.

De otro lado, es relevante anotar que la condición de aceptación o negación de la apariencia física, probablemente comprende un factor motivacional para intervenir el cuerpo. Categorías estéticas como la belleza o el sentimiento de fealdad, inscriben al sujeto en la normalidad de los cánones sociales establecidos o en su cotidianidad, generalmente le

excluyen del mundo de lo deseable, y el mayor impacto que esto genera es la negación y pauperización del cuerpo en su experiencia vital.

Con toda la imbricación y el efecto normalizador en el cuerpo que desencadenan los factores tal como han sido descritos y por las causas virales que han sido señaladas, es notable que para el sujeto parece más cómodo hablar desde la carencia que desde la completud, es una premisa no dejar de desear y buscar constantemente la línea que complementa. A modo de latente inconformidad se expresan los cambios y ajustes necesarios de realizar a nivel estético, tales como el peinado, el vestido, color de los ojos, volumen del cuerpo, ausencia del bello, inclusión de tatuajes, entre otros.

Podría decirse que las variables ya mencionadas como condicionantes del cuerpo contemporáneo, han comprendido la dimensión de la búsqueda constante ocurrida en el sujeto y a partir de ella han logrado reclutar moldeaciones esquemáticas corporales influidas de manera imperiosa.

Al momento de observar la industria generada a partir del culto al cuerpo; los centros de acondicionamiento físico, las salas de estética corporal, la alimentación saludable, la medicina estética, la industria de la moda, entre otros, permiten hacerse a una idea del afán y búsqueda del sujeto, siendo observable también que todos los satisfactores utilizados operan cambios a nivel del cuerpo físico pero que pese a ello no se logra la sensación de completud y llenamiento, ni culmina la búsqueda, traducida en una especie de “compulsión a la repetición”. (Acosta y Restrepo. 1997)

Partiendo del concepto del *control corporal* a partir de los rasgos culturales, desde el campo psicoanalítico se espera responder por las razones que explican la incapacidad que el sujeto tiene al momento de develar sus inquietudes en el campo corpóreo, diferenciando lo concerniente al cuerpo físico y psíquico, toda vez que, al nombrar el imperio sociocultural, se hace referencia a los condicionamientos de los cambios en el orden de lo físico, pero una vez nombrados los aspectos de aceptación o negación en este campo y los demás factores de la cultura con sus representaciones que repercuten allí, se considera pertinente indagar por las motivaciones que susciten en el sujeto en el orden de lo psíquico, con la suerte de indagar el efecto de la homogeneización de la apariencia corporal en un cuerpo mas allá de lo orgánico.

Como punto de inicio para adentrarse en tal cuestionamiento, toman capital importancia las claridades de los autores Acosta y Restrepo cuando denotan que la sociedad actual está inmersa en una cultura occidentalizada, bajo el signo de una partición, de una escisión como de criterios religiosos, filosóficos y científicos. Por lo tanto, el psicoanálisis construye una teoría del cuerpo intentando resolver las complejidades que el pensamiento racionalista ha sostenido respecto de dicha temática, pero le resulta inevitable el rompimiento con esta tradición” es así que “el cuerpo como organismo vivo no se puede agotar en una realidad biológica; tampoco en su realidad social en cuanto estructuración y praxis de la cultura.

Para los autores, el cuerpo es más que estos presupuestos en cuanto obedece a un proceso de construcción del cual surge como formación simbólica, aportando a la sociedad un escenario de representación que le permite comprenderse y actuar sobre ella misma". (Acosta y Restrepo. 1997).

Finalmente, se nombra como principio de indagación que aquel cuerpo que se fundamenta en función de la apariencia física, es vulnerable a la mirada del Otro y del otro, aumentando la condición del moldeamiento del cuerpo a voluntad de un tercero, en el propio malestar subjetivo, que suele concentrarse en el cuerpo como aspecto visible del yo. (Freud S. 1923)

2- El cuerpo pulsional

Para explicar el cuerpo desde el campo psicoanalítico, es necesario retomar el criterio de Freud, con el cual concierne estrechamente el cuerpo con la pulsión. En ello surge la necesidad de diferenciar dos aspectos; el organismo, entendido como materia o sistema biológico y el cuerpo como constructo subjetivo, toda vez que este último no es intrínseco al inicio biológico de un ser, sino que deviene en la historia de cada sujeto.

En este sentido, el del cuerpo, es necesario referir esa construcción desde la relación del niño con la madre en el tiempo de la etapa vital infantil, toda vez que hay una fusión que parte del niño hacia la progenitora, a modo de relación complementaria, en tanto son necesarios los cuidados de ella o de la persona que asume la tutoría del neonato, siendo éste incapaz por lo pronto, de suplir sus necesidades básicas por sí mismo, dada la condición orgánica de inmadurez y la falta del desarrollo corporal que le permitiría autonomía. Esta emergencia orgánica tiene un fundamento que posibilita establecer tal diferencia organismo-cuerpo.

En la etapa inicial cobran importancia las sensaciones del niño, tales como el hambre y el sueño. La estructura psíquica que se crea en su acercamiento con la madre a través de la demanda de satisfacción, no solo para resolver la necesidad orgánica, sino para la satisfacción y alimento del placer que se va gestando con los actos de atención y cuidado de la madre, le permiten construir su propia experiencia desde lo sensorial, progresando desde

lo sensitivo del organismo a la evolución en una zona erógena, que posteriormente aportaría a la sexualidad y a la libido, aspectos estrechamente relacionados con lo pulsional.

En ese contacto originario entre niño y madre quedan huellas que van dando paso a la construcción de un cuerpo y a partir de la asistencia, el contacto físico y la complacencia de las solicitudes del niño, se van transmutando en una experiencia de placer. En el contacto con el seno materno quedan las marcas de un orden diferente al organismo, siendo posiblemente el indicio del cuerpo como consecuente constructo subjetivo.

En el mundo de las sensaciones se vuelca toda la libido en el propio cuerpo. No obstante, luego la libido va al objeto y con el narcisismo se acentúa la pérdida, porque en esa fase temprana del desarrollo del *yo*, durante la cual las pulsiones sexuales se satisfacen de manera auto erótica, el *yo* se encuentra originariamente investido por pulsiones y es en parte capaz de satisfacerlas en sí mismo, ostentando la capacidad del autoerotismo y la satisfacción.

En el orden de lo sensorial, el niño se siente uno con el seno, se satisface auto eróticamente y para él el mundo exterior es indiferenciado, tanto su pulgar como el seno son indistintamente sus objetos, fenómeno que Freud llamaría la omnipotencia infantil, fundada en la experiencia del placer.

En esa respuesta de la necesidad por parte de la madre, quien lo interpreta en la emergencia del hambre y del frío, da oportunidad a la constitución del cuerpo pulsional, máxime que hay un cambio sustancial de la necesidad transformándola en deseo. La demanda de

alimento, por ejemplo, pasa de una necesidad fisiológica al deseo del placer que aporta. Freud observaba que el placer de la succión toma muy pronto el relevo de la necesidad de alimentarse.

Posteriormente, el niño reconoce el seno afuera, así que la aparente plenitud es irrumpida por la emergencia de lo exterior, que se impone por la satisfacción de las necesidades. Se genera para el niño una dependencia que le perturba, a modo de coste al devenir humano, que trata de esquivar mediante la orientación al rechazo de la fuente de displacer, con intención de incorporar todo aquello que represente la fuente del placer (Freud S.1920).

Con la pérdida de los objetos originales, es decir, aquellos que cubrían el cuerpo y que ya no hacen parte del mismo ni le proporcionan sensación de unidad, queda instaurada una búsqueda constante y el niño deviene atravesado por ella, iniciando así el nacimiento de un cuerpo a partir del vacío, que tiene la suerte de un organismo a merced de sus necesidades.

A medida que avanza la experiencia de vida del niño, la inhibición del principio del placer se presenta a partir de la auto preservación del organismo, en medio de las dificultades del mundo exterior. Teniendo en cuenta que las pulsiones poseen diferentes destinos y su fin es la satisfacción, bajo el supuesto de que éstas no fuesen inhibidas, en tanto el principio del placer operara como rector del proceso psíquico, no tendrían límite en la satisfacción de las mismas.

Por esto, bajo el influjo de las pulsiones de auto conservación del *yo*, el principio del placer es relevado por el principio de la realidad, que sin abandonar el propósito de una ganancia final de placer, exige y consigue posponer la satisfacción y tolerar provisionalmente el displacer que no opera exclusivamente en el plano orgánico, pues también opera en lo psíquico, motivo por el cual la severidad del *superyó* está en contra del principio del placer (Freud S. 1920).

Se ha hecho una aproximación al cuerpo desde la instancia orgánica y la forma en que ésta se va desarrollando desde las sensaciones, a partir de las investiduras de los objetos, donde se va cargando de significado, partiendo de la relación y cuidados de la madre o del contacto con las demás personas, que van dejando registros corporales que trascienden lo fisiológico.

Por lo tanto, el niño quiere ubicarse en el lugar de ser todo para la madre, no perder ese lugar de sentirse uno con ella, pero en tanto esta se aleja nuevamente hay un reconocimiento del afuera y él también quiere no solo ir a buscarlo, porque, además, trata de identificarse en “eso” que le convoca, con el señuelo de ubicarse a través del objeto en el lugar del deseo de la madre.

Nótese hasta esta parte, que para argumentar las teorías de sus textos, Freud retoma conceptos de la biología, sin embargo, el en texto *el yo y el ello* se sitúa en el terreno más de lo psíquico, invitando a desbiologizar los procesos anímicos. Él, partiendo de la descripción metapsicológica de un proceso psíquico, se hace a tres niveles; tópicos,

dinámico y económico. En ellos se afina para hablar de lo psíquico y dice que su diferenciación parte de lo consciente e inconsciente, como premisa básica del psicoanálisis.

Para el devenir consciente hay un apalancamiento en el preconscious, porque:

Por conexión con las correspondientes representaciones-palabra, que son restos mnémicos que una vez fueron percepciones y como todos los restos mnémicos, pueden devenir de nuevo conscientes. Es decir, solo puede devenir consciente lo que una vez fue percepción. Exceptuando los sentimientos, lo que de adentro quiere devenir consciente, tiene que intentar trasponerse en percepciones exteriores, solo posible por medio de las huellas mnémicas. (Freud, Sigmund. 1923).

Se hace referencia a una ligazón donde las sensaciones inconscientes logran enlazarse con la representación desde la palabra en el preconscious, para lograr la conciencia por esta vía.

Yuxtapuesto a la conciencia, que no es más que una cualidad de lo psíquico, cobra sentido el concepto de represión, en tanto el autor aduce que lo reprimido atiende al modelo de lo inconsciente. Por esto, hay una formación con la representación de una organización coherente de los procesos anímicos en los seres humanos, denominados su *yo*, que es relativo a la conciencia, no constituye unidad y la conciencia misma a su vez es gobernada por el *yo*, en tanto a este se le atribuye importancia funcional el hecho de que normalmente le es asignado el gobierno sobre los accesos a la motilidad.

Consecuentemente, el *yo*, es aquella instancia anímica que ejerce control sobre los procesos parciales, de él parten las represiones, a raíz de las cuales ciertas aspiraciones anímicas deben excluirse no solo de la conciencia sino de las otras modalidades del quehacer anímico.

Una escisión entre *yo* y *ello* es aparentemente consecuente, no obstante, se les sitúa en el lugar de la similitud, anteponiendo que el *ello* simplemente tiene una diferencia particular y al ligarlo con el *yo*, se evidencia la fortaleza del *yo*.

En el *ello* se originan los procesos que generan angustia al *yo*, que posiblemente surgen en el momento en el que el *yo* advierte un acrecentamiento de la vida pulsional: “Si el acto de la represión nos ha mostrado la fortaleza del *yo*, al mismo tiempo atestigua su impotencia y el carácter no influible de la moción pulsional singular del *ello*” (Freud, S. 1926). Entonces, la angustia parece surgir del poder limitado o del límite en el dominio que el *yo* posee.

Se entiende que el *yo* es el legítimo depositario de la angustia que desarrolla el reflejo de huida, retirando su propia investidura de la percepción amenazadora, o bien, del proceso del *ello* que se considera amenazante y reflejado como angustia. Precisamente en ese esfuerzo, el *yo* devasta alguna parte de la erogenización que se ha puesto en el cuerpo perceptible a través de las huellas mnémicas. Quedan en el lugar de lo reprimido, las marcas e investiduras de objeto que se han construido.

El papel del *yo* es relevante, sin embargo, más que ser el agente, es la agencia en tanto instancia ejecutiva, que pese a su aspecto de dominio, queda sirviendo al *ello*, sirviendo al *superyó* y sirviendo al mundo exterior.

Podría entenderse que en el *ello* se generan las tendencias para el desencadenamiento de la angustia, más, no le es permitido tomar la iniciativa de ese afecto, toda vez que el *ello* no puede tener angustia como el *yo*, en la medida que no es una organización y por lo tanto, no puede apreciar una situación de peligro.

El *yo*, como parte diferenciada del *ello*, es una constante lucha por la satisfacción pulsional. Las percepciones sensoriales que vienen de afuera se hacen consientes, es decir, el vínculo de la percepción externa con el *yo* es totalmente evidente, toda vez que éste es primordialmente la parte más superficial del *ello*, modificada por el contacto con el mundo exterior, que además se rige por el principio de realidad. Y si bien, ya inferimos que en el inicio hay una orientación del niño por el principio del placer, desde el inicio mismo hay una irrupción desde el displacer.

El *ello* le bebe al *yo* su alteración por la influencia directa del mundo exterior, con mediación del preconscious y su empeño constante en hacer valer sobre el *ello* el influjo del mundo exterior. Con estos propósitos propios, se afana por reemplazar el principio del placer que rige irrestrictamente en el *ello*, por el principio de realidad. Queda expuesto entonces que: “las sensaciones de carácter placentero no tienen en si nada esforzante, a

diferencia de las sensaciones de displacer, que son esforzantes en alto grado” (Freud. S, 1923).

Las necesidades experimentadas desde el organismo de los seres humanos, son un estímulo imperativo que no es atenuable sino por medio del acto de la satisfacción, motivo por el cual mantiene una constante tensión de la necesidad. Con la función restrictiva del *yo*, será condición indispensable de la represión el que la fuerza motivacional de displacer adquiera un poder superior a la del placer producido por la satisfacción. (Freud, S. 1915)

El principio de la realidad, basado en cierto tipo de energía pulsional, tiende especialmente al servicio del *yo* y se le atribuye la facultad de regir el funcionamiento mental.

A partir de ese carácter modifica el principio del placer, en la medida que logra imponerse como principio regulador generando acciones displacenteras. La búsqueda de la satisfacción ya no se efectúa por los caminos más cortos, sino mediante rodeos que aplazan su resultado en función de las condiciones impuestas por el mundo exterior, buscando el equilibrio o la distensión por caminos distintos a la satisfacción inmediata.

El displacer, regido por el *yo* y el principio de la realidad, va ligado al aumento de las cantidades de excitación. Por su lado el placer, va ligado a la disminución de las mismas, constituyendo un principio económico.

Teniendo en cuenta la función del *yo* como una continuación de la diferenciación de superficies, puede compararse que para el *yo* la percepción cumple el papel que para el *ello* corresponde a la pulsión. En este sentido, el *yo* es sobre todo una esencia - cuerpo que toma el atributo de proyección de una superficie corporal, que tiende a la conexión con lo real y reprime el *ello*, mas no lo envuelve por completo, porque el *yo* es parte del *ello* modificada por el influjo del sistema percepción y subrogado del mundo exterior real en lo anímico.

Como fuente de la represión el *yo* no es aliado del contenido reprimido. En tanto la instancia yoica se encuentra dividida y no se puede pensar como una unidad absoluta porque es el propio *yo* quien arrasa con una parte de sí, a la par que arrasa con el contenido reprimido, en tanto que el *yo* posee las historias de las elecciones de objeto de antaño hasta la actualidad.

Cuando el *yo* intenta atribuirse los rasgos del objeto y se impone al *ello* como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: “Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto” (Freud, 1923)

Esto para Freud implica un proceso identificatorio que a modo de semejanza, el objeto de amor se resigna y hay renuncia a él por la relación que este mismo tiene con el objeto de odio, con el cual, finalmente se efectúa una identificación.

Es relevante aclarar que no es lo mismo la elección de objeto, que el objeto de identificación elegido para encontrar el objeto de amor perdido, en tanto la identificación no es imitación, ya que esta necesita algo subjetivo que le fundamente.

Volviendo a la fase primitiva oral del individuo, es por completo imposible en una etapa temprana distinguir entre investidura de objeto e identificación. El *yo* todavía endeble, recibe noticia de las investiduras de objeto, les da su aprobación o busca defenderse de ellas mediante el proceso de la represión. Como se expresó anteriormente, la pulsión nace en la relación con un objeto y es la necesidad la que da origen a la construcción del objeto, tomando la forma del imperio de las pulsiones, que por su carácter de emergencia constante no permite elegir.

El *yo* queda sometido a las demandas del *ello*, hunde sus raíces en él y si bien, el *yo* es consciente, al hundir sus raíces en el *ello* deviene inconsciente y no escapa a lo pulsional. Algo impulsa al *yo* a la búsqueda del placer, aunque el objeto se lo niegue y se mantiene en esa lucha constante por reprimir, pese a su vinculación con el *ello*. Queda claro que el *ello* desde el carácter inconsciente, atiende a lo pulsional y demanda satisfacción constantemente.

Al principio toda libido está acumulada en el *ello* representado en el seno de la madre, en tanto el *yo* se encuentra todavía en proceso de formación o es endeble. Posteriormente, el *ello* envía una parte de esta libido como investiduras eróticas de objeto, luego de esto, el *yo* fortalecido procura apoderarse de esta libido de objeto e imponerse al *ello* como objeto de

amor. Por lo tanto, el narcisismo del *yo* es un narcisismo secundario, sustraído de los objetos primarios.

Con todo lo anterior, es pertinente ingresar el concepto de la pulsión, tomando la referencia desde Freud, máxime que éste es principio capital para definir el cuerpo, por la incidencia que tiene en el mismo.

El hace uso de la palabra “trabazón” designando con ello una exigencia impuesta por lo anímico, a causa de una conexión-trabazón con lo somático. La pulsión no atiende a ninguna fuerza orgánica ni somática, en tanto nada tiene que ver con el instinto, porque es en el nacimiento de un cuerpo donde ésta cobra sentido. Desde las palabras de Lacan en el año 1975, retomadas por Hurtado: “la pulsión es el eco en el cuerpo del hecho de que hay que decir, pero este decir para que resuene, consuene es preciso que el cuerpo sea sensible”. (Hurtado, C. 2013)

Para justificarlo, él indica que son los orificios corporales los que son privilegiados, porque en ellos es donde opera la demanda del Otro. Así, la pulsión tiene su fuente en las zonas erógenas, que bien pueden ser o estar en cualquier parte del cuerpo. Ésta habla de diferentes maneras; oral, anal, escópica e invocantemente, toda vez que a estos orificios corresponden las cuatro pulsiones establecidas por el psicoanálisis. Las dos primeras por Freud y las siguientes agregadas por Lacan.

Bajo esta teoría, las zonas erógenas y los orificios corporales son tomadas como zonas del cuerpo marcadas por la pérdida de los objetos, donde la pulsión encontrará su fuente para situar un lugar del cual servirse y poder así hacer su recorrido.

En el texto pulsiones y destinos de pulsión (Freud S. 1915), se amplía que el estímulo pulsional no proviene del mundo exterior, sino del interior del cuerpo y se comporta como una fuerza constante. La diferencia entre pulsión y estímulo radica en que el primero tiene como defensa la huida de aquello que lo genera, más, la pulsión conserva su carácter de esfuerzo constante, cuya necesidad o estímulo pulsional solo puede ser cancelada en la satisfacción, siendo ineficaz allí la huida de los apremios que le llegan, otorgando a los *estímulos pulsionales* la marca de un mundo interior.

En términos de organismo, éste ocupa el lugar de materia contenedora, que da la oportunidad de separar un afuera de un adentro. Mientras lo pulsional posee dos características fundamentales; su fuente de estímulo proveniente del interior y la emergencia como fuente constante.

De acuerdo con Freud (1915), la pulsión es un concepto limítrofe entre lo psíquico y lo orgánico, “como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal” que es sin duda el fiel representante de lo más subjetivo y particular de un sujeto.

En este sentido, “aunque la pulsión tiene su origen decisivamente en la fuente somática, dentro de la vida anímica no nos es conocida de otro modo que por sus metas”, (Freud, S. 1915) lo que daría lugar para entender el organismo como plataforma o escenario para lo

psíquico, puesto que a partir de la superficie orgánica se transforman las sensaciones, las fuentes de placer y displacer, como vehículos que hacen eco en la instancia psíquica, traducida en términos de cuerpo, como imagen.

Como se mencionaba anteriormente, Freud parte de algunas apreciaciones respecto al cuerpo biológico, para dar relevancia luego a las fuerzas que operan allí, es decir, las pulsiones (Freud, S. 1920), siendo éstas fundamentales en la construcción del cuerpo, partiendo del organismo y evolucionando hasta la imagen.

Los seres humanos se conducen por algo más allá del instinto, lo somático y la necesidad. La pulsión es una fuerza constante, estímulo para lo psíquico que viene desde adentro y está en el orden del deseo. De la pulsión no hay huida, pero si es posible darle otros destinos, por ejemplo, la represión. No obstante, cuando hay represión, esta no actúa sobre la pulsión y sí en la representación psíquica reprimida.

La pulsión es inherente al sujeto, trasciende al estímulo y va desde el interior al exterior, sin su presencia no habría un aparato psíquico desarrollado. Ésta no es una sola, hay muchas pulsiones transferidas en deseos múltiples, en representaciones, por ejemplo: en los instintos de conservación (yoicas) y sexuales (autodestrucción). No hay una vía de escape a ellas, porque al no tener su origen en los estímulos y ser de principio interno, no puede enajenarse a la vida anímica, aún cuando el *yo* haga sus esfuerzos por llevar al individuo hacia el principio de la realidad que es incognoscible, con afluencia directa del organismo.

Frecuentemente hay mociones pulsionales, traducidas como fuerzas sin intermitencia que por alguna vía demandan satisfacción. Las fuentes de las pulsiones se encuentran en lo somático, interior a un órgano o a una parte del cuerpo, cuyo estímulo es representado en la vida anímica por la pulsión.

A través del organismo que permite vivir, y mediante el cual emerge lo erógeno en zonas determinadas, a medida que va transcurriendo el devenir histórico del sujeto, hay una posterior identificación con el objeto. No hay pulsión sin objeto.

Ahora bien, bajo el imperio y finalidad de la satisfacción, puede decirse que no hay objeto que esté a la altura de la demanda, por ser ésta de emergencia inmutable, factor que posibilita la evolución del organismo al cuerpo, cuya representación o construcción se debe en última instancia al psiquismo, que le permite tener un lugar y un espacio en medio de varios organismos.

En este orden de ideas, las pulsiones son designadas como la carga de energía que está en el origen, tanto del movimiento del organismo y su actividad, como de su funcionamiento psíquico inconsciente. Se denominan pulsiones a las fuerzas derivadas de las tensiones somáticas en el ser humano y las necesidades del *ello*.

Es por esto que Freud denomina que la pulsión se encuentra *limítrofe entre lo psíquico y lo orgánico*, porque se ubican entre el nivel físico y el nivel psíquico, concepto capital para establecer la diferencia entre organismo y cuerpo, la constitución de éste como imagen y las motivaciones de los sujetos contemporáneos para las modificaciones corporales, ya sea por exceso o por defecto.

3- El cuerpo imagen

De acuerdo con lo expresado por el psicoanalista francés Jacques Lacan, que refiere una fase del desarrollo psicológico del niño, comprendida aproximadamente entre los seis y los dieciocho meses de edad, designada "*El estadio del espejo como formador de la función del yo (Je)*", cuya pertinencia radica en que ingresa el problema y sus consecuencias en el orden de lo psíquico, es relevante establecer una analogía de la corriente psicoanalítica tomada desde Sigmund Freud con la postura de Jaques Lacan, especificando que mientras Freud toma su punto de partida en el estudio de las histerias de sus pacientes, sin una teoría del cuerpo e incurriendo en "cierto biologismo", Lacan como médico psiquiatra insiste en el conocimiento de la gran psiquiatría, tomando como punto de partida la psicosis y ubicándose en un escenario diferente, refiriendo el orden de lo imaginario, lo simbólico con la emergencia de la lingüística y lo real comprendido como lo incognoscible.

Como se dijo anteriormente, con el ánimo de ubicarse en ¿cómo el niño se hace a un cuerpo? si bien, Freud lo contempla como un perverso polimorfo, es decir, en relación a la pulsión parcial, a diferencia de él, el francés muestra al sujeto descentrado, que a partir de las experiencias y vivencias se introduce en una gestalt como un proceso de comprensión.

Cuando el infante tiene seis meses de edad hay una primera experiencia de captación de la imagen. Esto ocurre cuando la madre va a un espejo con su niño en brazos y al ver su reflejo genera en él cierta exaltación que produce la percepción.

Posteriormente el niño deposita allí una fuerza libidinal en la imagen que ve, dando lugar a la matriz simbólica que constituye su primer imago.

Basta para ello comprender el estadio del espejo como una identificación en el sentido pleno que el análisis da a éste término: a saber, la transformación producida en el sujeto cuando asume una imagen, cuya predestinación a este efecto de fase está suficientemente indicada por el uso, en la teoría, del término antiguo imago (Lacan J. 1936).

Hasta este punto el niño ve su imagen con alegría y desarrolla bajo esa imagen la libido correspondiente, finalmente termina identificándose con ella. En este proceso del estadio del espejo el niño expulsa el mundo fuera de sí, al exterior, como principio del acaecer psíquico.

El niño ve fuera su imagen en el espejo jubilosamente como matriz simbólica de la cual salen múltiples identificaciones, acto que ocurre antes de objetivarse, antes de reconocer la relación con el otro, para una posterior constitución que lo orienta como sujeto.

Ocurre entonces que la imagen es la expulsión que el niño hace y el encuentro con el espejo es una experiencia libidinal. No obstante, esa imagen que sale del niño no es posible reintegrarla, sin embargo, con el devenir histórico del sujeto se sigue dependiendo de ella.

Es que la forma total del cuerpo, gracias a la cual el sujeto se adelanta en un espejismo a la maduración de su poder, no le es dada sino como Gestalt, es decir en una exterioridad donde sin duda esa forma es mas constituyente que constituida (...) Así esta Gestalt, cuya pregnancia debe considerarse como ligada a la especie, aunque su estilo motor sea todavía confundible, por esos dos aspectos de su aparición simboliza la permanencia mental del yo [je] al mismo tiempo que prefigura su destinación enajenadora (Lacan J. 1936).

Mediante una gestalt como una apercepción, el niño integra su cuerpo a través de la totalidad de la imagen, permitiendo el cierre del cuerpo y la posterior exteriorización, con la suerte que dicha imagen cubre al sujeto y lo impregna.

Precisamente cuando la fase del estadio del espejo cumple su función formadora del *yo*, es decir, en la medida que el niño reconoce que no es uno con la madre y se percata de la exterioridad, diferenciando un adentro y un afuera, el ya mencionado principio del placer no es el único que le rige, en tanto el displacer que le generan los frecuentes alejamientos de la madre en su ir y venir lo cuestionan, descubriendo que hay algo más que a ella le interesa. (Lacan J. 1936).

En este orden de ideas, llegar al punto del reconocimiento de la exterioridad y en ella el encuentro con el otro, da la oportunidad de la interpretación que este puede darle a la necesidad, pero se yuxtapone la pérdida en el orden de lo real, del goce puro. Se engendra allí una carencia simbólica del lado del otro, porque si bien, la madre colma las demandas y necesidades, no es ella el objeto, ni representa la unidad o relación complementaria inicial.

Es el posterior encuentro con su imagen lo que le aporta al sujeto infante el sentimiento de su unidad corporal. El niño se ve unificado en el espejo mientras que la vivencia de su cuerpo es fragmentada y permanece en la indistinción de sus límites corporales.

Es necesario que el otro haga de tercero entre el sujeto y su imagen, arrancándolo de la captación por la misma. En este sentido, si nos sirviésemos de la estructura del aparato psíquico de 1923 donde se indica la evolución de la tópica freudiana, se diría que desde el

yo ideal, se propone un trazo de identificación ideal con el *Ideal del yo* y en este sentido, el cuerpo que aparece como una forma exterior, no alcanza una imagen constituyente sino bajo la condición de la existencia de lo simbólico. (Freud, S. 1923)

Sin el reflejo de la imagen, el seno, por ejemplo, asumido por el niño como órgano corporal integrado a sí mismo, deviene en displacer y castración. Con el reconocimiento de la imagen hay un costo de pérdida en el organismo. Una carencia real encuentra una solución de prótesis imaginaria en una *gestalt*, en la forma unificada que estructura al *yo* (Lacan, J. 1936). El niño debe poder extraerse de la posición de objeto que completa al otro, no para reconocerse, sino para deducirse de lo que percibe. Es al otro portador a quien él reconoce primero, él es lo que en el reflejo se despega del otro. La imagen del semejante y la imagen del cuerpo propio se constituyen simultáneamente.

A partir del estadio del espejo, cuando el sujeto posee la capacidad de percibir imágenes y de percibirse a sí mismo, diferente a los demás, con esa función formadora del *yo*, se configuran asuntos pulsionales que podrían centrarse en la mirada, es decir, con la pulsión escópica.

Juan David Nasio escribe en su texto "*La mirada en Psicoanálisis*" que no es lo mismo ver que mirar e incluye tanto la visión como la fascinación, entre los elementos diferenciadores que tendrían su origen aparentemente en el sistema ocular, pero que escudriñando un poco, se hallan diferencias importantes al respecto.

Para esclarecerlo, él nombra dos sentidos de la mirada: ella *en tanto acto perceptivo del mirar*, que a su vez es descrita desde la metapsicología de Sigmund Freud como acto pulsional y la mirada *en tanto satisfacción del acto*, que de acuerdo con Lacan se llama goce objeto. La mirada como acto y como objeto de la pulsión, constituye una de las maneras de gozar, siendo relevante anotar que en todos los actos pulsionales inconscientes está la mirada. (Nasio, J. 1992)

Argumenta el autor que cuando un sujeto se observa en el espejo, tiene la convicción de que ese reflejo no es él y menciona que es interesante cuando un niño intenta darse cuenta de esto y descubre que él no es la imagen del espejo. Él, citando a Françoise Dolto, hace relevancia en la necesidad de aclararle al niño frente al espejo, que la imagen allí reflejada es la suya y quien le acompaña es la madre, en un intento por diferenciar el niño de la madre y la imagen, que está afuera.

Pese a ello, para hablar de la mirada en términos psicoanalíticos hay que decir que no se ven objetos, antes bien, se ven imágenes. No es la cosa en sí la que es vista y no son simplemente los ojos del cuerpo orgánico los que cumplen allí una función, porque quien ve es el *yo*. *Entonces*, esas imágenes una vez inscritas y recibidas por el *yo*, ocupan el lugar de su sustancia. El sujeto no es la imagen del espejo, sin embargo, bajo la óptica del *yo* que está cargado de imagen, cree que es imagen. Hay una función de desconocimiento del *yo* que está alienado en lo imaginario.

No obstante, entre las imágenes ordinariamente visibles, tal como lo expresa el autor, solo se perciben las *pregnantes*, significando con esto que son aquellas imágenes en las que el *yo* se reconoce y por ende, el *yo* se instaure como ser sexual. El objeto cobra un sentido ligado al *yo*, permitiéndole ajustarse a su imagen bajo el reconocimiento de algo que está ligado a la historia, a la impresión y a la sensación misma.

El *yo* como ser sexual está sujeto a los hechos que pueden evocar una forma vinculada al placer o desligada al mismo. Esto explicaría que un sujeto podría mirarse al espejo y ver con agrado lo que se refleja allí, denotando un sentido sexual. Juan Davis Nasio explica un poco el narcisismo, preferiblemente el narcisismo secundario y lo define como amarse así mismo a través de las imágenes: “Como amo a mi sexo o como yo me amo en tanto que sexo, es decir, en tanto que falo imaginario”. (Nasio, J. 1992)

Consecuentemente, el acto de ver está ligado a la relación del *yo* con las imágenes, es decir, del *yo* consigo mismo en tanto que ser sexual, bajo el argumento del autor donde refiere que el *yo* se considera la imagen misma, a través de su proceso identificatorio. Por estos elementos relacionados con la mirada, es notorio que la visión del *yo* es una realidad triplemente falsa:

Porque desconoce que él es imagen, al no reconocerse imagen *pregnante* desconoce que es un ser fálico imaginario, por lo tanto, el *yo* desconoce que lo que sostiene y anima ese mundo imaginario es un objeto, un goce que está como atrás, lo que les da a esas imágenes su consistencia. (Nasio, J. 1992)

Con lo expresado aquí, la vista y la visión son de imperio fundamentalmente imaginario que aprehende las imágenes pregnantes y mantiene esa relación continua con la imagen fálica o falo imaginario.

El acto de mirar es un acto inconsciente, desencadenado desde el otro. La mirada no se confunde con la visión, pero es este el camino de llegada al deslumbramiento. Así como el inconsciente está en las fallas de la lengua, por ejemplo en los lapsus, también la mirada hace cuerpo en las fallas de la visión, como emergencia de una mirada inconsciente llamada fascinación.

Cuando a las imágenes ordinariamente visibles se les escapa su cobertura habitual, la imagen fascinante como representante de lo fálico se hace evidente y evoca de una manera tan pura el goce que despierta el goce. La fascinación está intermedia entre visión y mirada, quedando a fin del acto el goce objeto. Como lo diría Freud, también citado por Juan David Nasio: “La imagen fálica no es la libido, es la evocación más fiel de la libido”. (Nasio, J. 1992)

El texto “*la mirada en psicoanálisis*” aporta conceptos relevantes para explicar el cuerpo, tanto desde su organismo como desde la instancia psíquica. Y una vez más, refiriendo a Freud, la pulsión está presente en los seres humanos, aunque el organismo esté sujeto a modificaciones, que podrían estar en el orden fisiológico, la edad o cualquier tipo de cambio exterior.

Por su lado, el deseo queda en el orden de lo indestructible, aunque se le intente inhibir u olvidar. Desde el nacimiento hasta el perecimiento del organismo el deseo está presente, en todas las formas que se pueda expresar, porque éste es fundamentalmente insatisfecho.

La pulsión está constantemente en excitación porque no se responde nunca de manera contundente al estímulo que la despierta, aunque hay respuestas mediatas y/o parciales como el sueño, la alucinación, los fantasmas y la sublimación, no se satisface verdaderamente el estímulo.

Profundizando un poco mas respecto a la mirada en el campo psicoanalítico, como factor determinante para la comprensión del cuerpo y cómo llegar a hacerse al mismo, en el artículo “*Ojo, mirada y pulsión: un recorrido metapsicológico Freudiano*” Norman Marín Calderón se refiere al empuje mas allá de lo ojos, que a partir de “*pulsiones y destinos de pulsión*”, se aproxima al tema apalancado en la ambivalencia voyerismo/exhibicionismo, como fundamento para comprender cualquier destino pulsional que se desee abordar. (Marin, N. (2015)

Siguiendo la línea de lo inmediatamente citado, Freud articula el par perverso voyerismo/exhibicionismo con la constitución subjetiva del ser humano, básicamente en el campo metapsicológico mostrando los destinos a los cuales la pulsión debe ofrecerse, que parten de la relación con el propio cuerpo del sujeto, o sea, cualquier objeto de la pulsión escópica es siempre auto erótico en sus fundamentos. Al placer de ver, irreductiblemente le

precede el placer de ser visto, esclareciéndose entonces su procedencia desde la condición auto erótica o narcisista de la pulsión.

Es claro para Freud que el narcisismo se ubica también en el campo escópico, porque éste nace, además, debido a la filiación del sujeto con otro que le mira desde el lugar de su propio deseo y al hacerse pasivo deviene en reversión narcisística, lugar que quiere conservar.

Existen tres placeres: verse, mirar, mostrar y en ese recorrido entre mirada, deseo, sujeto y objeto, se constituye esencialmente el origen narcisista de la pulsión escópica, con la suerte de una consecuencia de la estructuración narcisista desde el campo escópico, la pulsión de ver y sus destinos.

Para que se funde la identificación del sujeto con el objeto, la imagen cumple una función mediadora y así, el otro constituye la imagen propia: “la imagen del sujeto es la imagen que le reintegra el otro”. (Marin, N. (2015)

En lo que se ha escrito hasta estas líneas referentes al cuerpo y la pulsión de ver, la acepción de sexualidad perversa polimorfa referida en “*introducción del narcisismo*” (Freud, S. 1914) facilita la comprensión de la mirada como pulsión escópica, porque si bien, con el narcisismo hay una vuelta de la pulsión auto erótica, con el narcisismo secundario el circuito de la pulsión escópica está orientado hacia el Otro, en un deseo del Otro. (Nasio, J. 1992)

Ya con los planteamientos metapsicológicos en pulsiones y destinos de pulsión, está dicho que mirar remite a un miembro sexual que recae sobre la persona propia, cuya realización engendra dos destinos “contemplar uno mismo un objeto otro como placer de ver activo y ser mirado, como objeto del miramiento del otro, el placer de mostrar”. (Marin, N. (2015)

Cobra pertinencia adentrarse brevemente en el fetichismo, para articular de alguna manera la pulsión de ver, ser visto, el autoerotismo que produce el mirarse y su inferencia en la libido, con la evasión de la castración que asume el fetichista.

Al respecto se diría que en el escrito sobre el “Fetichismo”, Freud parte del trabajo clínico con pacientes varones cuya elección de objeto es un fetiche y desvirtúa la perversión como única respuesta a la pulsión de ver, máxime que la mayoría de sus pacientes ponderan preelaciones del fetichismo en beneficio de su satisfacción erótica.

Para el autor, el fetiche es un sustituto del falo, que ha sido significativo en la primera infancia:

Considero el fetiche como un sustituto del pene, de modo que me apresuro a agregar que no es el sustituto de un pene cualquiera, sino de uno determinado y muy particular, que tuvo suma importancia en los primeros años de la niñez, pero que luego fue perdido (Freud, S. 1927)

El fetiche deviene como un estandarte del triunfo sobre la amenaza de castración y protección contra ella. Es una tergiversación sexual dedicada a una “*situación inapropiada de un objeto sexual*”, (Freud, S. 1905), pues bien, al identificar la castración en la mujer y con el propósito de no correr la misma suerte, hay una declaración masculina de tipo narcisista, que se resiste a la pérdida de la dotación natural del órgano genital y queda una gratificación sexual cómodamente alcanzada. El fetichista logra fácilmente su satisfacción sexual, a diferencia de los demás que deben poner mayor empeño en ello, motivo por el cual, es previsible que los órganos y los objetos elegidos como sustitutos del falo femenino ausente, representen de manera simbólica el órgano genital. “El pie o el zapato deben su preferencia -total o parcialmente- como fetiches a la circunstancia de que el niño curioso suele espiar los genitales femeninos desde abajo, desde las piernas hacia arriba”. (Freud, S. 1927)

El pie sustituye el órgano aparentemente faltante en la mujer, lo que definiría que la pulsión de ver originariamente dirigida a los genitales, con el propósito de alcanzar su objeto desde abajo, quedó detenida en su camino por prohibición o represión, desencadenando en la retención como fetiches al pie o el zapato.

Para Freud, existe una doble actitud del fetichista de cara a la castración femenina; de un lado, el fetiche mismo aloja en su estructura tanto la repudiación como la afirmación de la castración. De otro lado, la ternura y la hostilidad en el trato del fetiche, equivalentes a la repudiación y a la aceptación de la castración, dan cuenta del destino que le da el fetichista a su fetiche, ya sea en el plano real o en la fantasía.

Traídos los elementos de la elección fetichista que hace el sujeto a algunas partes del cuerpo u objetos con una supuesta función de respuesta a la castración, elementos directamente proporcionales a la constitución del cuerpo en el ser humano, se hace necesario integrar la categoría de la falta como insumo capital para completar la acepción del cuerpo mismo y las búsquedas que suscita el sujeto en el.

El psicoanalista Jaques Lacan refiere el concepto de la falta como diferentes dimensiones de la relación del sujeto con el deseo. Hay que precisar que se hace referencia a la falta en ser, lo que se desea es el ser mismo. "La falta es la falta del ser propiamente hablando. No es la falta de esto o aquello" (Lacan, J. 1960)

El autor distingue tres tipos de "falta de objeto": la *privación*, la *frustración* y la *castración*, en los cuales se supone una diferente clase de objeto para cada serie. La privación se refiere a la falta del órgano genital en la mujer, que representa una carencia en lo real, es decir, el falo, cuyo agente generador es el padre imaginario.

Como lo expresa Freud, cuando los niños comprueban que las mujeres no tienen pene, se produce en ellos un momento traumático, con efectos diversos en el niño y la niña. El varón desarrolla un miedo a que le corten el pene y la niña, por su parte, envidia la posesión de ese pene, que ve como un órgano deseable. La niña culpa a la madre por haberla privado de él, y orienta su afecto hacia el padre, con la esperanza de que él le proporcione un niño, como sustituto simbólico del órgano que le falta. (Freud, S.1925).

Si bien, tanto el niño como la niña figuran la ausencia real de un órgano y el miedo a la castración del mismo, la falta no es en términos biológicos, toda vez que el órgano sexual femenino está completo, antes bien, la falta corresponde a un objeto simbólico, el falo. Esta insatisfacción lleva a la identificación con el falo imaginario, accediendo por primera vez a la dialéctica del deseo.

La idea de falta persiste desde la infancia hasta la vida adulta, la herida narcisística busca constantemente ser llenada. Ahora bien, si las necesidades se encuentran en el plano orgánico, la falta, en términos psicoanalíticos se ubica en el plano psíquico, a través de la constitución de la imagen corporal.

Hablar de la imagen corporal remite a hablar primero del cuerpo como organismo. Experimentar la realidad depende de la integridad del organismo, de sus lesiones transitorias o indelebles, neurológicas, musculares, óseas y también de las sensaciones fisiológicas viscerales, circulatorias, todavía llamadas cenestésicas. (Dolto, F. 1986)

La imagen del cuerpo es siempre inconsciente, refiere al sujeto del deseo a su gozar, mediatizado por el lenguaje memorizado de la comunicación entre sujetos del gozar frustrado, coartado o prohibido, es decir, la castración del deseo en la realidad.

Consecuentemente, las acciones de búsqueda del deseo y también los intentos de huida del mismo constituyen la imagen del cuerpo, toda vez que tienen la misión de proteger el narcisismo. Igualmente, los intentos de huida del placer o displacer, corren la suerte de

denegación del objeto erótico, con la intención de proteger al sujeto de una experiencia repetida que le ocasiona desagrado.

El cuerpo físico, inicialmente inmaduro desde el punto de vista fisiológico, sufre una evolución en términos erógenos, como respuesta a la relación con el otro, donde prevalecen no solo la satisfacción de sus necesidades, pues también hay búsqueda del placer anticipado que procura la inmediación cuerpo a cuerpo con el otro, evocando el placer del contacto de la boca con el seno materno que ya no está. La imagen del cuerpo está del lado del deseo, da testimonio de la falta en ser que el deseo apunta a colmar, diferente a la necesidad que apunta a saturar una falta en el organismo.

En la imagen del cuerpo constantemente hay una representación inconsciente que da origen al deseo, allí reposa la relación entre la necesidad y el deseo, cuyo resultado puede aportar o amenazar el narcisismo, en tanto la imagen del cuerpo corresponde a un *ello* ya relacional, no fetal, porque implica un cuerpo ya situado en el espacio, con una constitución yoica determinada temporalmente separada del otro.

En la interrelación con otros seres humanos, hay una memorización real, lugar de la necesidad que el cuerpo en su vitalidad orgánica constituye, se entrecruza con la imagen del cuerpo, lugar del deseo. Este aspecto relacional le permite al niño no solo la relación narcisista consigo mismo en el narcisismo secundario, sino el devenir como ser humano.

La repetición usual de las modalidades de necesidad y el posterior olvido de las tensiones que acompañaban la necesidad misma, denotan que los seres humanos viven mucho más narcisísticamente las emociones del deseo, asociadas a su imagen del cuerpo, que las sensaciones de placer y de sufrimiento, ligadas a las excitaciones del organismo.

4- **¿Por qué intervenir el cuerpo?**

Para iniciar, es relevante preguntarse por la insistencia del ser humano en la desnaturalización de su cuerpo o más bien, por las motivaciones que lo llevan a alterar un organismo que es dado desde su nacimiento con unas condiciones específicas y mediante intervenciones que tienen como objetivo generar cambios que operan en el organismo por exceso, como es el caso de los implantes de objetos y sustancias que generen volumen, o por defecto, a través de la supresión de alguna parte del cuerpo o la reducción del volumen corporal, como en el caso de la liposucción.

Es notorio que en el contexto cultural moderno, predomina una búsqueda casi incontrolada u obsesiva, originada en un deseo aparentemente irreprimible de tener una apariencia física aceptable, con la que se pueda vivir y sentir satisfacción, lo que se traduce en la búsqueda de aprobación social.

Esas dos ansiedades, la de aceptarse así mismo y ser aceptados por los otros, conducen a esfuerzos generalmente desmesurados, que no pueden cumplirse sin los artificios operados en el organismo. En la actualidad, hay múltiples prácticas y técnicas destinadas a intervenir el organismo para obtener el la apariencia física deseada, que además, son ampliamente difundidas por los medios de comunicación, que busca comercializarlas, atribuyéndoles incluso un carácter que pareciera universal, con un resultado de normalización.

Para mencionar algunas de las prácticas y técnicas con fines estéticos que intervienen el cuerpo, son:

- ✓ Piercing
- ✓ Cirugía estética (liposucción, peelings, estiramientos de piel, agrandamiento o reducción de partes corporales)
- ✓ Tratamientos de la piel, del cabello, de las uñas.
- ✓ Depilación (eliminación del bello en las piernas, cejas y genitales)
- ✓ Eliminación de cicatrices y lunares.
- ✓ Tatuajes
- ✓ Escarificaciones.
- ✓ Hipertrofia muscular.
- ✓ Odontología buco-facial

Estas técnicas requieren de quien las practica, conocimientos, métodos, instrumentos y habilidades de trabajo destinados a construir modelos específicos de organismos y para quien se somete a ellas, unas alteraciones temporales o definitivas.

Por las transformaciones del organismo, con la presión mediática y cultural que las motiva, hay un fuerte *control social* cuya vulnerabilidad excluye el organismo real del mundo de lo deseable, cobrando sentido la aceptación o negación de la apariencia física, en la relación con los demás. Se devela allí, una necesidad apremiante por el reconocimiento del Otro y/o en el Otro.

Aún con los esfuerzos de la industria generada para el culto al cuerpo, ésta no llena lo que al sujeto le falta, motivo por el cual, hay una “*compulsión a la repetición*” que hace que se produzca una práctica estética, mas otra y alguna más, dejando en el interior algo similar cada vez, la necesidad de algo, da sensación que quedó faltando.

Partiendo del control social a partir de los rasgos culturales descritos en el planteamiento del problema y las alternativas de satisfacción que presenta al sujeto mediante las prácticas con fines estéticos, la pregunta original que motiva la pesquisa del cuerpo, atiende a la búsqueda de respuestas ante la aparente incapacidad del sujeto para tener dominio de su organismo y como si fuese marioneta, permite que desde “fuera” sea moldeada su apariencia física.

Ahora bien, con el curso de las lecturas del cuerpo en términos psicoanalíticos, se esclarece que probablemente dichas motivaciones no son exógenas, porque el empuje viene de adentro. Sin dejar de significar que probablemente, la cultura y los mass media tengan elementos determinantes que coadyuvan con el deseo impulsivo de modificar el organismo.

El ser humano inmerso en lo real que se escapa y es incognoscible, no piensa que hay diferencia entre ser un cuerpo y poseer un cuerpo. Al reconocerse poseedor de un cuerpo devela lo profundo de la hiancia”, por tanto, hay un “Permanente conflicto de la relación del sujeto con su cuerpo y su afán de resolverlo se origina en que él como fuente de placer y de dolor es además, imposible en su unidad. (Acosta, H. Restrepo P. 1997).

Así las cosas, el paso del organismo al cuerpo otorga la posibilidad de trascender el campo fisiológico hacia la interpretación de un cuerpo en virtud del objeto de su deseo.

Por lo tanto, la demanda pulsional que se ubica del lado de la imagen corporal e inconsciente, que empuja a la satisfacción de los deseos originados por las huellas mnémicas que quedaron como marcas en el cuerpo desde la etapa infantil, devienen en una carencia simbólica del lado del Otro, porque si bien, la madre colmó las demandas y necesidades, no es ella el objeto, ni representa la unidad o relación complementaria inicial, génesis de la falta, la castración y la fragmentación. (Lacan, J. 1936)

A partir del contacto con la madre, el cuerpo se erogenizó y quedó orientado a la pulsión. El niño experimentó que más allá de suplir sus necesidades fisiológicas, queda algo que lo llevaba al placer, lo cual lo motiva a seguir buscándolo, determinación que precede a las demás etapas vitales del ser humano, hasta su declinación orgánica.

El niño lactante se creía uno con la madre, se sentía indiviso. Tampoco había un reconocimiento del mundo exterior, por falta de la formación yoica. Posteriormente, al darse cuenta que la madre debe irse, queda la frustración. Esas idas y vueltas de la madre tienen el propósito de la búsqueda del objeto, equivalente al falo, (Lacan. J. 1958), entonces el deseo se ubica en la falta, cargado de un monto de hostilidad y así emerge la pulsión, trascendiendo la necesidad hasta el placer.

El niño deviene organismo y solo transita a hacerse a un cuerpo cuando reconoce el afuera a través de la imagen y la constitución del *yo*, quedando reservado el deseo para la imagen y la necesidad exclusiva al organismo.

A causa de la condición de la pulsión como trabazón, por estar limítrofe entre lo psíquico y lo orgánico, la falta, la búsqueda de los objetos originales perdidos (el seno, la madre, la completud) además de devenir desde la instancia psíquica, es representada en el organismo, con cuyas alteraciones se intenta llenar la falta. No obstante, como no es posible satisfacerla y queda la permanente hiancia, con la denegación de la falta, el sujeto intenta satisfacer la pulsión y los deseos con sustitutos, desconociendo que la acción represiva del *yo* impone todos sus esfuerzos en evadir la pulsión y con ella los actos reprimidos inconscientes.

Ahora bien, ante la ignorancia de que la pulsión es constante y no para, el sujeto inconscientemente busca destinos pulsionales, como si estos tuvieran la posibilidad de llenar la falta. Desde la imagen emergen los ajustes al organismo que es real y está gobernado por el *yo*. Sin embargo, el *yo* se encuentra en la superficie y se debe también al *ello*, no es aliado de lo reprimido, por eso arrasa con lo reprimido, con una parte del cuerpo erógeno y las huellas mnémicas.

Los hechos pulsionales conducen a la posibilidad de fundar un cuerpo, de ello surge la historia del sujeto, en el placer y en el dolor, la satisfacción y la frustración, que luego podrá ser leída como la historia de la constitución del cuerpo libidinal, marcado por zonas erógenas que facilitarían el desplazamiento simbólico a lo largo

de este, y que lo constituirá como dominio de la represión. Y se entiende que la represión arrastra consigo elementos de la estructura corporal y orgánica. (Acosta, H. Restrepo P. 1997).

Sin embargo, el *yo* consciente, al hundir sus raíces en el *ello* se hace inconsciente, con la suerte de no escapar siempre a lo pulsional. El *yo* real, desde el organismo, queda dependiendo del *ello*, sirviéndole a él, al tiempo que lo reprime depende de él.

Inicialmente la libido se encuentra totalmente acumulada en el *ello*, representada en el seno de la madre, por que el *yo* aun no estaba formado. Más adelante, cuando el *ello* envía libido con investiduras eróticas de objeto, el *yo* una vez fortalecido trata de apoderarse de esta libido.

La represión constituye la clave de formación del inconsciente y en general del aparato psíquico solo puede ejercer influencia sobre elementos representativos más allá de cualquier otro elemento pulsional (...) el inconsciente se halla conformado por representaciones de la pulsión primitivamente reprimidas que constituyen el origen de las ramificaciones que caerán bajo el dominio de la represión, determinando la instancia y el núcleo realmente activo de la vida psíquica. (Acosta, H. Restrepo P. 1997).

Relacionados entonces el *yo* y el *ello* con la configuración del cuerpo, se diría que el *yo* se forma en buena parte desde identificaciones que toman el relevo de investiduras del *ello*, ya

resignadas, lo que justifica una vez más que la necesidad de las modificaciones del organismo, tienen su origen en la emergencia pulsional.

Si bien los seres humanos atienden inicialmente a las necesidades orgánicas, que incluso estas difieren del instinto, entendido como una pauta de comportamiento rígido y estereotipado que no cambia con el tiempo y es repetitiva, hay cosas diferentes al instinto que guían al individuo.

Consecuente con la imbricación que tienen organismo y el cuerpo, podría decirse que sin el seno no existiría la pulsión oral, lo que explica que el objeto determina la pulsión. En el punto que la necesidad se convierte en deseo, infiere la figura materna, quien va mudando este suceso en cuerpo erógeno, hecho que podría fundamentarse en el presupuesto de que no puede haber imagen del cuerpo si no hay algo que lo refleje.

Por esto, cualquier búsqueda del sujeto evoca un intento por recuperar los objetos perdidos, o bien podría decirse, entranña volver sobre el cuerpo toda la herida narcisista. La añoranza por la madre, traducida en la falta, que se pone en el lugar del objeto, genera una constante búsqueda traducida finalmente al gran objeto que es la madre misma.

Si el organismo no es el cuerpo, en tanto éste es dado desde el orden natural al sujeto, el cuerpo es una construcción, invención que surge desde la imagen, la pulsión y la relación con el Otro. Por eso, la ligazón entre la emergencia del organismo y la transmutación de la satisfacción orgánica hacia el empuje pulsional, operan en el cuerpo por el sesgo de las

zonas erógenas, que son las que intervienen en las primeras conexiones entre demanda y deseo.

La pulsión nace en la relación con un objeto, la necesidad es la que hace a la constitución del objeto mismo y así, toma forma el imperio de las pulsiones. El cuerpo emerge de una superficie, de una envoltura que debe ahuecarse, en tanto es la proyección de tal superficie. “El cuerpo propio y sobre todo su superficie es un sitio del que pueden partir simultáneamente percepciones internas y externas. El yo es sobre todo, la proyección de una superficie” (Freud, 1923).

Desde la lectura del cuerpo en tanto organismo y el hacimiento del cuerpo como tal en la vida psíquica, puede decirse que mediante las prácticas con fines estéticos y de modificación en el organismo, se vislumbra la emergencia pulsional. Si bien, el *ello* es el resto psíquico inconsciente, es decir, todo lo que no es *yo* y que se rige directamente por el principio del placer, es en el *ello* como representante de las pulsiones, donde emerge la necesidad de los ajustes al organismo.

Los cambios de la superficie corporal, la alteración del cuerpo real, se encuentran en el orden del esfuerzo del *yo* para responder a las pulsiones provenientes del *ello* y así quiere agotar o satisfacer desde lo orgánico la emergencia pulsional psíquica, haciendo uso de la represión.

Podría decirse que las modificaciones del organismo con fines estéticos, de belleza y propósito de exhibición ante el otro, son respuesta al intento de cancelar la demanda pulsional que se manifiesta a través de las huellas mnémicas, dejando ver la falta y reminiscencia del gran objeto, representado en la madre.

Aquí hay un intento de trasposición de libido de objeto en libido narcisista, que conlleva a una digresión inevitable respecto de las metas sexuales, que resignándolas logra una fijación temporal de la atención en las identificaciones –objeto del yo. Si estas predominan o se vuelven muy numerosas hay amenaza de un resultado patológico, llevando a la suerte de una sublimación, que da a la pulsión otros destinos.

De otro lado, cuando hay identificaciones que se inclinan en su totalidad al objeto, perdiendo su carácter transitorio, se plantea un fracaso de la metáfora paterna, ubicándola en la psique del sujeto como elemento simbólico, que trasciende lo real.

Todo aquello que queda separado del cuerpo se ubica como ideal. Por lo tanto, cuando la madre se instituye como ideal, pasa a representar los destinos de la libido, provocando que el yo quede supeditado al *ello* (la madre). El superyó se empieza a oponer al yo y los rasgos del ideal del *superyó* quedan constituidos como ideales y permiten la identificación haciendo que el *ello* ame al yo en lugar del objeto perdido. Aquí es fundamental saber que lo que opera no es lo real, sino la palabra representante.

Ya establecido que la necesidad se transforma en deseo y que en la búsqueda del placer hay negación del displacer, con las zonas erógenas del cuerpo que logran escapar a la represión del yo y buscan su fuente de algún modo, en el cuerpo se hace pulsión a través de las intervenciones con fines estéticos, que apuntan a una restitución de lo perdido que agrada y satisfaga al Otro. Con la pérdida de los objetos originales se funda la falta y en adelante hay una búsqueda constante, cuyos ideales estéticos son receptáculos del deseo.

Si bien, se arguyó que no hay pulsión sin objeto, es preciso anotar que no hay objeto que este a la altura de la demanda y la hiancia, porque la pulsión por determinación misma no cesa. A partir de este argumento es posible dar notoriedad de la compulsión a la repetición, que es opuesta al principio del placer y se comprende como el rasgo de carácter que permanece igual en el sujeto, exteriorizándose forzosamente en la repetición de idénticas vivencias. (Freud, S. 1920)

Por ejemplo, la alteración del cuerpo a partir de las intervenciones quirúrgicas con fines estéticos, la realización de tatuajes, las escarificaciones, la implementación de regímenes alimentarios para aumentar o disminuir el volumen, entre otros, podrían interpretarse como una compulsión a la repetición que se instaura más allá del principio del placer.

Esto opera en cada sujeto que tiene algo en que repetirse; en la pulsión, en el amor o en las heridas narcisísticas. Cada ser humano tiene dolores que se sostienen como repetición, incluso como una incógnita o algo involuntario. Es por esta vía que se manifiesta algo traumático en el orden del inconsciente, aquello que no se recuerda, se repite, lo olvidado se

convierte en huella de otro orden, la repetición y lo borrado hace cuerpo, toda vez que la compulsión a la repetición es efecto de un llenamiento de la pulsión de la angustia, pero sin otra opción.

La conciencia no puede ser el carácter más universal de todos los procesos anímicos, porque ella brinda esencialmente percepciones de excitaciones que vienen del mundo exterior; sensaciones de placer y displacer que solo pueden originarse en el interior del aparato anímico. Todos los procesos exitatorios de los demás sistemas, dejan como secuela huellas permanentes que son la base de la memoria, es decir, restos mnémicos que distan del devenir consciente, en tanto generalmente los más fuertes y duraderos nunca llegaron a la conciencia.

Las excitaciones del interior corresponden a la pulsión ingobernable que parten de lo inconsciente. La pulsión es evolución y cuando ésta es reprimida no cesa nunca de aspirar a su total satisfacción, motivada por el principio del placer. Nunca el placer alcanza la exigencia de la pulsión.

Como respuesta a ello, por ejemplo, surgen las prácticas frecuentes de la modificación del cuerpo, con el inconveniente que las intervenciones no cubren la falta del sujeto. Aquí, la compulsión a la repetición es ilusoria, porque la pulsión no se resuelve, hay un supuesto control de la situación angustiosa pero no cubre la falta. Entre lo encontrado y lo exigido siempre habrá una diferencia.

Si la pulsión no encuentra el objeto, se convierte en angustia y emerge la compulsión a la repetición por defecto del llenamiento, máxime que el objeto y la pulsión están íntimamente ligados.

Lo anterior se traduce en el sujeto como la falta que le lleva a una búsqueda constante, con satisfactores sustitutos que devienen en el organismo a través de las prácticas con fines estéticos, de belleza o de exhibición ante el Otro, motivadas por una apariencia, demandada desde el exterior, que en síntesis, instalan al sujeto en un sinfín de intentos fracasos de modificaciones físicas, que no llenan la imagen del cuerpo deseado.

Del lado de las intervenciones efectuadas en el organismo hay una intención de *canje en la piel* que podría ser fina representación de las escarificaciones, los tatuajes, las cirugías de aumento o disminución del volumen, las supresiones del bello y los lunares, entre muchos.

En el orden de las *modificaciones* se evocan las mutilaciones o los implantes de objetos, aportando a una desnaturalización del organismo, a través de una mutación orientada por los trazos del Otro, que intrínsecamente intenta hacerse a una existencia corporal por el sesgo de la imagen.

Con este proceso de mutación, en el plano orgánico el sujeto da un trámite al goce que permanece anclado a lo real, más, no es solo el organismo el que constituye el cuerpo, toda vez que en el pasaje a la pulsión hay una pérdida radical de goce.

Por ejemplo, un sujeto con padecimiento de anorexia y bulimia, aun cuando posee características orgánicas sanas que le permiten la ingesta y deglución adecuada de los alimentos, además necesarios para obtener la energía que le propicia la vida, de manera involuntaria, desde una instancia psíquica se desvirtúan las funciones del organismo, viéndose alterada tanto su función como la representación psíquica del cuerpo.

Se vislumbra que el paso del organismo al cuerpo es una operación compleja que los grupos humanos fundan en los procesos de civilización y culturalización en el orden simbólico, no obstante, la lógica de los medios masivos de comunicación y las políticas económicas dominantes reducen los cuerpos a lo viviente real, situándolo en el lugar mercantil, exterminable o maleable. Se condiciona el soma humano bajo la operación del *control social* del cuerpo.

En el contexto contemporáneo, el cuerpo *se ve* desde una *mirada* fragmentadora, que a través del organismo, como fuente natural dado al sujeto, es intervenido mediante alteraciones con una superflua promesa de perfección, bajo un discurso incesante e insaciable que desborda y es retenedor del deseo.

Campos como la medicina, se absorben en el discurso cultural contemporáneo del capitalismo y la globalización, incurriendo en prácticas medicas, con fines estéticos y de modificaciones orgánicas, no siempre satisfactorias desde el punto de vista técnico, que de manera totalizante y generalizable deja el sujeto a merced de la pulsión de muerte, sin permitirle destinos más pacificadores, destinando a la angustia constante que tiene que ver con la pulsión, con la representación psíquica: la marca, la falta y el placer.

Consecuente con ello, los estímulos físicos iniciados por la madre, destinan al neonato a una tendencia a la repetición del placer. Esa presencia del otro que cuida y protege saca de la tensión al niño que es inicialmente organismo, haciendo que su pulsión se dirija al Otro.

Así las cosas, el reconocimiento del Otro implican una pérdida real, de goce vital puro, del lado del sujeto, que deviene en el encuentro de una falta y si bien, la madre se sitúa del lado del Otro, ella no es una con el niño, no tiene todo para el niño y allí comienza la castración, propiciando que el *yo* conglomerado de imágenes devenga en un ser sexual en virtud de su identificación con el falo imaginario. Para el niño el objeto amenazado no es el miembro sexual, sino la cualidad fuertemente investida e imaginaria del miembro sexual.

La búsqueda del placer y la repetición queda como premisa para el sujeto y es la añoranza de la madre, del gran objeto que pone la existencia humana en el anhelo incesante, sobre un vacío, es decir, el goce.

Teniendo como premisa la satisfacción de la falta, partiendo del psicoanálisis se puede establecer que no es lo mismo ser un cuerpo y tener un cuerpo, diferencia que parte desde lo pulsional y que difiere de los instintos. La falta en ser, su división, la hiancia subjetiva, que divide no solo su ser, sino también su cuerpo, motiva al ser humano a hacerse a un cuerpo, a tener un cuerpo. Como lo expresaría Lacan en 1966, citado por Carlos Andrés Hurtado:

Se trata de ese objeto privilegiado, el objeto al que la pulsión le da la vuelta, vuelta, circuito, “tour” pulsional, trayecto de ida y vuelta (...) es ese agujero el que contornea, recorrido pulsional que se da mediante el: pegar-pegarse-ser pegado, mirar-mirarse-ser mirado. (Hurtado, C. 2013)

Así las cosas, tener la perspectiva escopica para esclarecer las motivaciones y la finalidad de las prácticas con fines estéticos, pone la imagen del *yo* ante la exigencia del Otro, demandándole que se adapte a un ideal estético determinado culturalmente, a modo de una ortopedia de la imagen que deviene fragmentada, debido a la sanción sobre la imagen que hace el Otro, valorándola aceptable o inaceptable, bonita o fea, cercana o lejos del *ideal*.

La crítica de la que puede ser objeto alguien que no se ajuste al cuerpo normalizado, puede ocasionar que la imagen constituida como pantalla, ya no sea eficiente como velamiento del deseo del Otro. Dando oportunidad de la aparición de lo que Lacan denominó como La Mancha, es decir, la emergencia de una mirada que hace que el sujeto se sepa mirado de otro modo, develando su falta en ser y dejándolo a merced de la sensación del deseo del Otro, una de las formas en que el psicoanálisis se nombra la angustia, quedando el sujeto ya no como espectador del mundo, sino como cuadro, mirado. (Hoyos, J. 2015).

De otro lado, incluirse en el mundo de la apariencia a partir de técnicas aplicadas en el organismo, permiten que la experiencia estética en el plano físico tenga aparentes recompensas para el sujeto deseante.

Los estímulos socioculturales son diversos. Se interviene el organismo para retrasar el impacto del envejecimiento, para que se ajusten a las normas sociales, de lo contrario, se juzga el aspecto físico. Los medios de comunicación idealizan la normalización del organismo, por lo tanto, la cultura aporta elementos para el cambio del aspecto que los seres humanos sienten que deberían tener, bajo la creencia de mayor éxito a mayor ajuste a las normas culturales. Otras motivaciones de cambios tiene el intento de atracción y búsqueda libidinal con los demás.

Al proveer esta imagen integrada del yo, puede producir el efecto de pacificar la mirada, es decir, que el velo se restituya y el sujeto no quede interrogado, tan expuesto al enigma del deseo del Otro. De este modo el sujeto obtendría el beneficio narcisístico de ser visto con beneplácito por el Otro. La estima de si aumentaría en la medida en que la imagen del yo se asemeja más a la del ideal. (Hoyos, J. 2015).

Para ejemplificarlo un poco, se pone en contexto el dibujo realizado por un estudiante adolescente, en la prueba piloto del proyecto *“imaginarios de cultura somática a través de la influencia de la televisión en los jóvenes de Medellín*, donde se investigó con algunos grupos focales el tema del *ideal estético*. Allí se le solicitó al adolescente que dibujara su cuerpo real y otra proyección gráfica de cómo lo imaginaba.

Como resultado, la primera imagen se encuentra menos provista de las características y cualidades que se esperarían desde el ideal estético culturalmente establecido, sin embargo,

en la segunda imagen hay una elaboración discursiva en torno al cuerpo, receptor de las modificaciones que se desearían en el organismo.

Imagen realizada por un estudiante del taller N 2 del proyecto IMAGINARIOS.



Posteriormente, en la interlocución grupal, el autor del dibujo argumenta que hay aspectos comúnmente determinantes de la apariencia estética tales como la fama, el poder, el éxito, representados en los músculos para los hombres y la delgadez y la belleza para la mujer. (Ruiz, et al. 2011)

Pareciera probable la existencia de una insatisfacción subyacente que hace que los seres humanos se orienten a las intervenciones en el organismo, buscando fines estéticos, sin la garantía de que unos sinnúmeros de cambios físicos produzcan efectos de llenamiento en la imagen.

Como si hablásemos de un efecto placebo, cuya sustancia que carece de acción curativa, produce un efecto terapéutico si el enfermo la toma convencido de que es un medicamento realmente eficaz, podría establecerse una semejanza de lo transformado en el organismo, esperando la satisfacción de la demanda pulsional.

El yo sujeto, ante la incesante demanda desencadenada en la imagen del otro especular, que da noticia de la imagen yoica y la del otro simultáneamente, inviste libidinalmente la imagen, facilitando el lugar al narcisismo e identificándose a esa imagen que vela la fragmentación. (Hoyos, J. (2015).

Para abordar las elaboraciones del cuerpo como imagen y su relación con la mirada del Otro, en su función de reconocimiento simbólico, es menester elevar la importancia del aspecto pulsional que la mirada comporta en el campo psicoanalítico.

Desde sus primeros escritos, Freud consideró el grado de satisfacción pulsional que la mirada implicaba, incluso haciendo referencia al par mirar-ser mirado, en las prácticas perversas de los *voyeurs* y los exhibicionistas, atribuible también al niño, en los “*tres ensayos de teoría sexual*”, por ejemplo. El autor aduce que desde la edad temprana, hay una disposición placentera del sujeto al exponerse a la mirada.

En la obra que incluye “*pulsiones y destinos de pulsión*”, es donde Freud acentúa más la importancia de la pulsión de ver para la constitución del cuerpo, mostrando relevancia en el destino de la pulsión la vuelta de la pulsión de la actividad a la pasividad. Para el autor hay

una dialéctica entre el ver y el ser visto y en ella siempre existe una satisfacción pulsional.
(Freud S. 1976)

Se plantea como principio para la meta de la pulsión el “placer del órgano” en este sentido aísla como fuente de la pulsión de ver una parte del cuerpo propio, no obstante, no es el ojo mismo. En principio esta afirmación sugiere una deslocalización en cuanto a la fuente somática de la pulsión de ver, dicho de otro modo, el cuerpo propio y el ajeno es tomado por ella como territorio para su satisfacción. (Hoyos, J. (2015))

Es en el organismo, a través del ojo que el sujeto instituye una relación con el contexto y con su cuerpo mismo, ambivalente entre la fragmentación imaginaria y la completud narcisista de la imagen del cuerpo en el espejo, o bien, sostenida en el reconocimiento del Otro. Allí, la acción óptica del simple ver como acto consiente, en perspectiva de Lacan implica que la mirada como cuestión de la pulsión, no radica en una conciencia del sujeto viéndose ver, pues es más tendiente a la satisfacción narcisista que se produce al ser mirado.

Ahora bien, a condición de que eso no se muestre, es decir, en los términos de que la notoriedad al ser mirado sea figurada y no tan explícita, implica que hay un umbral de la imagen como pantalla frente a la mirada. Sin embargo, cuando la imagen no logra operar como velo ante su presencia, se produce en el sujeto el sentimiento de lo enajenante, reconociendo que la propia mirada es convocada por una presencia que mira, pero que

además se “*exhibe*”, se presenta como “*ese que se muestra*”. Así lo llamaría Julio Eduardo Hoyos.

En la medida que el ser humano se ubica como objeto de la mirada del otro, en tanto no haya una actitud de aceptación emerge la angustia que descompleta la imagen, si ésta por defecto no se encontraba “*bien armada*”. Dicho sujeto, con tendencia a ser mirado, pero sin que ese hecho se le haga notar, se entera que es mirado y al ser informado mediante las acciones de rechazo o auto rechazo por no cumplir con la normalización del organismo como culturalmente se esperaría, como se le ha mostrado que el otro le mira y no lo hace con gracia, surge la incompletud en su imagen narcisíticamente investida.

Con un sentimiento de malestar por su aparente fealdad o rareza, al no acoplarse a los estereotipos, se emprende la búsqueda por el reconocimiento de la mirada del otro, emprendimiento elevado hasta las prácticas con fines estéticos, detrás de las cuales se busca la restitución de la imagen perdida, como un reconocimiento a la fragmentación de esta, como lo cita Julio Eduardo Hoyos recordando a Freud: “Hay un intento de restitución de la imagen infantil libidinalmente investida por el narcisismo en la vía del amar a lo que uno mismo fue” (Freud 1976).

Consecuentemente, las intervenciones en el organismo con prácticas que tienen inicialmente el fin estético, se comportan como la ortopedia de la imagen que con ellas se busca. Una vez obtenida la unificación de la imagen anhelada mediante las modificaciones

orgánicas subyace una intención de darse a ver, intentando ratificar el logro del ideal *del yo* propuesto por el Otro.

Esa necesidad de aceptación, es leída desde la pulsión escópica como la necesidad de ser el deseo del Otro y de tener el deseo del Otro. Al pretender integrar esa imagen yoica, hay un acercamiento a los objetos primarios perdidos. No obstante, el objeto es la madre, el gran objeto, cargado libidinalmente por las sensaciones placenteras iniciales que dieron la posibilidad de hacerse a un cuerpo.

El sujeto contemporáneo asume la necesidad de reconocimiento y de ser mirado, afrontando la falta originada desde el desprendimiento de sus objetos primarios, como un costo al devenir humano, pero, añorando la unidad que un día creyó tener, queda la incesante búsqueda de “*ser uno con el todo*” como una especie de sensación de completud, que es la aparente necesidad de los seres humanos, la sensación de sentirse completos. (Freud, S. 1930)

Es por ello que al momento de pensar las motivaciones para que el sujeto asuma las prácticas con fines de estética en el organismo, atienden a la necesidad constante del sujeto, la búsqueda constante en un algo que no logra responderse por la vía de la adecuación y alteración física, pero que con las intervenciones de tipo estético, tiene el señuelo de hallar por este medio lo que le hace falta.

El ser humano quisiera garantizarse la evitación del sufrimiento, por esto el sujeto, a través de las alteraciones en el organismo aspira la aceptación. Ante los cánones estéticos

establecidos culturalmente, los sentimientos de fealdad o de belleza, crean en hombres y mujeres el placer o displacer en la medida que se ajusten o no a lo estereotipado.

Dentro de la regulación que logra la cultura, podría nombrarse que en la época actual la cultura misma actúa como determinante para la modelación del organismo y ella, no puede entenderse en el mundo contemporáneo sino desde el capitalismo dominante. El displacer es creado por la cultura, pero el ser humano está en constante búsqueda de la comodidad.

Consecuentemente, el designio de ser felices que impone el principio del placer es irrealizable. En este sentido, el capitalismo nace en función de las necesidades, pero hoy es el capitalismo de consumo el que crea la ilusión del encuentro con el objeto, pero irónicamente parte del displacer e insatisfacción.

Como hipótesis importante del texto se halla que el resorte de toda actividad humana es el afán del lograr los fines convergentes entre el provecho y el placer, pero en esa búsqueda y con el condicionamiento mass mediático, el sujeto se confunde con el objeto.

Bibliográficas

- Acosta, H. Restrepo P. (1997). *Acerca del cuerpo*. En revista Utopía Siglo XXI, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Vol.1, junio-agosto. Medellín: CISH, Universidad de Antioquia.
- (Freud, S. 1905). *Tres ensayos de una teoría sexual*. Obras completas, Vol. VII. Buenos Aires Amorrortu.
- Freud, S. (1914). *Introducción del narcisismo*. Obras completas. Tomo Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud, S. (1915) *Pulsiones y destinos de pulsión*. Obras completas, Vol. XIV. Buenos Aires Amorrortu.
- Freud S, (1915). *La represión*. Obras completas. Vol. XIV. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud, S. (1920) *Más allá, del principio de placer*. Obras completas. Vol. XVIII. Buenos Aires, Amorrortu.
- Freud S, (1926). *Inhibición, síntoma y angustia*. Obras completas. Vol. XX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Freud (1925). *Algunas consecuencias psíquicas sobre la diferencia anatómica entre los sexos*. Obras completas. Vol. XIX. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
2006
- Freud, S. (1927). *El fetichismo*. Obras completas. Tomo Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.

- Freud, S. (1973). *El malestar en la cultura*. Obras completas. Tomo Vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- Cajiao, F. (1996). *La piel del alma, cuerpo educación y cultura*. (1ra ed.). Cooperativa magisterio.
- Pinzón, Carlos. (1999). *El cuerpo imagen. El cuerpo como espacio de confrontación cultural*. En revista MANGUARE. Santa Fe de Bogotá.
- Uribe, Merino, José Fernando. (2006). *Anorexia, los factores socioculturales de riesgo*. Editorial Universidad de Antioquia.
- Boltanski, L. (1997). *Descubrimiento de la enfermedad*. Buenos Aires. Ciencia Nueva.
- Castro, I. (2002). *La explotación de los cuerpos*. Madrid. Debates.
- Douglas, M. (1996). *La aceptabilidad del riesgo según las ciencias sociales*. Barcelona. Paidós.
- Eteban, M. (2004). *Antropología del cuerpo*. Barcelona. Bellaterra.
- Feher, M. (1990). *Fragmentos para una historia del cuerpo humano*. Móstoles. Madrid.
- Hurtado, C. (2013) *Ser un cuerpo o tener un cuerpo ¿Cuál es la cuestión? Reflexiones psicoanalíticas acerca del cuerpo en el mundo científico u capitalista*. En Revista Textos y sentidos, Universidad católica de Pereira. No 08 Julio diciembre 2013 ISSN 2215-8812. Artículo 3. Freud S, (1923).El yo y el ello.

- Lacan, J (1936) *El estadio del Espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica*. En escritos 1. México: Siglo Veintiuno Editores.
- Lacan, J (1958). Seminario 5: *Las formaciones del inconsciente. La metáfora paterna*. Editorial Paidós.
- Lacan, J. (1960). El seminario VIII La transferencia "El yo en la teoría de Freud".
- Nasio, J. (1992). *La mirada en Psicoanálisis*. Barcelona: Gedisa.
- Hoyos, J. (2015). *Cirugías ortognáticas; ortopedia de la imagen y pacificación de la mirada*. En: Revista Affectio Societatis. Vol. 12 N° 22. Enero-Junio de 2015. Departamento de Psicoanálisis. Universidad de Antioquia. Medellín.
- Marín, N. (2015). *Ojo, mirada y pulsión: un recorrido metapsicológico Freudiano*. En: Revista Affectio Societatis. Vol. 12 N° 22. Enero-Junio de 2015. Departamento de Psicoanálisis. Universidad de Antioquia. Medellín.
- Dolto, F. (1986). *La imagen inconsciente del cuerpo*. Barcelona.
- (Ruiz, E. 2011) *Los jóvenes, el ideal estético y la televisión: "El cuerpo real y el imaginado"*. Revista Luciérnaga. Facultad de Comunicación Audiovisual. Politécnico Colombiano Jaime Isaza Cadavid. Año 3, Edición 6. Medellín, Colombia.